

teco Augusto Monterroso: "Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí".

Esta rapidez no rechaza el encanto de una relación morosa, lenta, cuando ésta es necesaria. La sabiduría narrativa está en el equilibrio entre fines y medios. Las ideas se precisan en la conferencia siguiente, sobre la *exactitud*: un diseño de la obra bien definido y bien calculado; la evocación de imágenes nítidas, incisivas, memorables; el lenguaje más preciso posible como léxico y como expresión de los matices del pensamiento y de la imaginación.

La *visibilidad* es la virtud de ver. Ver objetivamente, con certeza: una imagen cargada de significado que está en la génesis de lo que voy a decir: "Mi procedimiento quiere unificar la generación espontánea de las imágenes y la intencionalidad del pensamiento discursivo".

La *multiplicidad* es la más compleja de las propuestas, pues pareciera contradecir a las anteriores; el torrente de ideas, las digresiones enriquecedoras, las ilimitadas facetas de lo imaginable, el deseo de llenar la obra con todo lo que la mente creadora pone al alcance. Aquí viene el problema del equilibrio entre estas proposiciones. Pues, como dice Calvino, "la literatura sólo vive si se propone objetivos desmesurados, incluso más allá de toda posibilidad de realización". La sabiduría está en la forma de tratar de alcanzarlos, dentro de un orden, de una claridad que sea iluminadora también para el lector.

Por cierto, éste es un libro eminentemente literario, dirigido al escritor. Pero ninguna de estas *propuestas* se aleja de las realidades cotidianas en este mundo de hoy, en el que parecen prosperar los vicios contrarios. En el fondo de esta "declaración de principios" estético-literarios hay un fundamento ético, una norma para ilustrar la relación entre los hombres, que sólo es posible por la palabra.

HERNAN POBLETE VARAS

## MI POBRE TERCER DESEO

De *Agata Gligo*

Editorial Planeta Chilena, Santiago, 1990, 206 págs.

<https://doi.org/10.29393/At461-20PTIV10020>

Conocida hasta ahora sólo por un buen libro sobre María Luisa Bombal, Agata Gligo rinde hoy con cierto éxito la prueba de fuego de su primera novela, demasiado inactiva y lenta en algunas partes de su argumento, y demasiado fecunda en recuerdos suspendidos de un presente debilidad, pero también expresiva de una rica femineidad, tan segura de sí misma y tan firme en el dibujo de dos grandes caracteres varoniles, que no necesita —¡oh, maravilla!— salir por los fueros del feminismo.

El escaso presente de esta novela es el fugaz episodio donde Karla, narradora en primera persona, llega a su isla natal en Tierra del Fuego para realizar un vago estudio que después no vuelve a mencionarse en todo el relato, pero que gatilla el proceso de su desbordante memoria sobre su infancia y juventud en la isla y sobre su familia insular, de inmigrantes yugoslavos. Hay que esperar hasta la página 113 para que vuelva a aparecer el tiempo presente de aquel arribo a la isla, que es así solamente un leve soporte actual de donde cuelgan los torrenciales recuerdos del pasado, en forma de *flashbacks* totalizantes. Me pregunto si ese presente tan ausente —tan pretexto— era necesario para la estructura cronológica de la novela, o si no habría sido mejor entrar derechamente en los recuerdos de Karla sobre el paraíso perdido, sin buscarles un soporte tan débil en la actualidad. Pero no estoy seguro de la respuesta.

Si estoy seguro, en cambio, de los tres elementos básicos —y esencialmente positivos— que constituyen esta novela primeriza. En primer lugar está el paisaje dominante y protagóni-

co, la estepa austral, páramo alucinante y desolado donde sólo crece un pasto avaro, y donde el viento "viniera de donde viniera, siempre soplabla en contra". Esa desolación imprime su carácter definitivo incluso a los episodios posteriores que ocurren en Santiago y en Viena. En segundo lugar está el acierto de la narradora y personaje, Karla, que no enfatiza su protagonismo ni se hace la interesante, sino que más bien se revela a sí misma en sordina, en el delicado gesto de esconderse tras los demás personajes. Bien por ese fino pudor narrativo. Y, por último, está la aventura literaria del rescate de los ancestros, yugoslavos (dálmatas), en Tierra del Fuego: algo semejante a la odisea de los ancestros griegos de Miguel Littin, en Colchagua. La autora carece de la exuberancia vital de Littin, pero en cambio muestra más oficio en su novela, que está mejor armada.

El padre de Karla es un desertor de la Primera Guerra Mundial, que prefiere las soledades australes del mundo al inútil sacrificio de su vida en aras del imperio austro-húngaro, al que entonces pertenece la Dalmacia. El tío político, Ladislao, viene a dar como juez al pueblo, y también se halla a sus anchas en esos páramos de Tierra del Fuego. Ladislao crece progresivamente hasta llegar a ser el gran protagonista de la novela, y es un magnífico carácter. A través de los *flashbacks* sobre el pasado de esos personajes, la autora produce un lento acarreo de los materiales narrativos: lento al comienzo, más rápido a medida que se enriquece con los excelentes retazos de la vida universitaria de Karla en Santiago, y luego con el más excelente aunque fugaz amor de la sobrina con Ladislao. He aquí la vida de una de esas mujeres marcadas para siempre por la presencia de un hombre en su existencia. Ladislao, aun ausente durante largos trechos, aun tan breve como amante de Karla, viene a constituir el hilo perdurable de su vida, su implícito centro, su luz directa o indirecta, en una relación conmovedora de hombre y mujer.

El estilo de Agata Gligo muestra una predilección por la frase corta en contrapunto con el período largo, pero la brevedad no le sale siempre lo bastante lapidaria y decisiva. Ese estilo, más bien opaco como prosa, tiene pocos destellos de gracia, humor o fantasía. En compensación, está lleno de observaciones inteligentes, dichas como al pasar, sin darles importancia. Y eso está bien, porque el ingenio brillante a veces cansa, pero la inteligencia discreta y silenciosa no cansa nunca.

La novela es sustancialmente correcta en su montaje, en sus caracteres, en sus diálogos: se ve bien pensada, bien urdida, bien trabajada. Sólo se echan de menos los imponderables del entusiasmo creador, el ángel de lo imprevisto, el don de romper sus propios esquemas. El padre de Karla define a Tierra del Fuego —y a Chile, y a América del Sur— como el lugar donde nunca pasa nada. En la novela pasan pocas cosas, si bien a partir de la página 137 el dinamismo argumental se aviva: Karla se enamora, se casa, se desenamora, se separa; es casi como si comenzara otra novela, muy lejos de Tierra del Fuego, en pleno Santiago con un intermedio vienes. Respecto de la falta de acción —sobre todo en la primera parte—, el relato tiene el encanto de las novelas impalpables, hechas de nada y de materiales etéreos: el sólo transcurrir de la vida basta, sin necesidad de sucesos. Pero, por largos trechos iniciales, esa ausencia de acontecimientos narrables es excesiva, limitada como está a perseguir los hilos sutiles, pero insuficientes de las relaciones humanas, de los estados de ánimo, del estar en el mundo, de la cotidianidad insular.

El tema del arraigo en una tierra —o el tema del desarraigo permanente— es un problema de fondo en esta novela. Recordemos el carácter heideggeriano del asunto: según el filósofo, el hombre moderno ha llegado a carecer de ese elemento ontológico y existencial que es el tener *tierra*. En este relato, los personajes principales se definen en función de ese desasimiento, de ese asimiento, de ese delgado cordón umbilical que permite al hombre nacer y renacer, entre los dos polos de la lejana Yugoslavia y de la cercana pero inasible Tierra de Fuego.

A pesar de que los personajes suelen andar en parejas, la autora desarrolla mucho más la psicología de los caracteres masculinos que los femeninos. Las mujeres son borrosas e impersonales: se habla de ellas lo justo y necesario. Los varones —el padre y el tío— acaparan toda la atención de Agata Gligo. El auténtico y profundo protagonista de esta novela —ya lo dije— es Ladislao. Es el personaje con más misterio, con más encanto, el que la autora tiene más cerca de su corazón. En cuanto a la narradora misma, Karla, como protagonista, hay algo singular en ella: es su distancia de sí a sí, su ausencia, su desapego de la vida, su imposibilidad de dramatizar, su sobriedad, su femenina intimidad soñadora, su dejo triste y su irremediable aura de soledad. Es también un magnífico personaje. Los demás, a su lado, tienen menos interés.

Agata Gligo desecha del todo la vía experimental y escribe una novela tradicional con plena confianza en los recursos de siempre, que domina bien. Entre líneas se divisa su salud, su inocencia, la sobria sanidad espiritual que demuestra en una novela visiblemente ligada a lo autobiográfico, como suele serlo casi siempre la primera novela. Diría, sin conocerla, que su obra irradia una personalidad sólida, armónica, rica en su “pobre tercer deseo”, que es... hablar con Ladislao sin límite de tiempo.

IGNACIO VALENTE

## ALLENDE, MI VECINO EL PRESIDENTE

De *Fernando Alegria*

Editorial Planeta Chilena, Santiago, 1990, 300 págs.

Fernando Alegria (1918) es un excelente novelista, de quien quiero recordar sobre todo su famoso *Caballo de copas*, y que se atreve hoy con el tremendo desafío de novelar la vida de Salvador Allende, de quien ha sido su vecino y amigo, pero no un testigo importante de sus vicisitudes. Alegria suple esta carencia con una profusa documentación, y, pensándolo bien, quizás le venga mejor como narrador una cierta distancia objetiva, que no la excesiva inmediatez del testigo visual, más enredado en sus propios sentimientos. Es difícil leer esta novela con ojos neutrales, como si no se tuviera compromiso alguno con ninguna de nuestras banderías nacionales. Con todo, es lo que intento hacer en este comentario: pura crítica literaria, sin juicios históricos de ninguna especie.

De una biografía tan compleja y tan polémica, lo que el autor quiere rescatar es esto: “recuerdos amables, tristezas y alegrías modestas, los chispazos donde captamos un rasgo genial, las caídas que nos enternecen, la sensación ambigua de una vida intensa, el amor que lo engrandece...” Así es el Allende que Alegria conoció: “orgullosa, echado para atrás, bueno para los combos —a pesar de su miopía— y, al mismo tiempo, galante y elegante, rendido ante las mujeres y, cosa que a muchos sorprendía, profundamente tierno con los niños, bondadoso y querendón”. El autor no ignora que tales recuerdos pueden deslizarse por el plano inclinado de la apología y el ditirambo; por eso afirma que a un personaje así “no pueden entonársele himnos, ni debe escribirse su vida en un libro de santos”. El género de este relato es la novela histórica o la biografía novelada, ante la cual Alegria se siente a la vez “en libertad absoluta para imaginar y con total respeto por lo imaginado y lo vivido”. La novela es una compleja mezcla de subgéneros, entre los cuales destaco el reportaje, la entrevista, la crónica, el ensayo, inscritos todos ellos, sin embargo, en la estructura formal de la novela.

Como lector, me gustan más los episodios, que yo desconocía del todo, por sobre aquellos